

*Devocional, domingo 11 de marzo del 2018*

**"Yo soy la vid y ustedes son las ramas. El que permanece en mí, como yo en él, dará mucho fruto; separados de mí no pueden ustedes hacer nada.**

**(Juan 15. 5)**

Vivimos tiempos convulsionados. Hoy, todo es un conjunto de hacer y hacer cosas, ocupar el tiempo, desarrollar actividades, mantenerse ocupados, sentirse productivos. Nos sentimos mal si no estamos haciendo "algo". Muy a menudo escuchamos frases tales como, "Hace cinco años que no me tomo vacaciones"; "No, yo no puedo tomarme vacaciones"; "Antes de las diez de la noche no me puedo ir a la casa", etc. El descanso, el estar quietos, no está dentro de nuestra forma de vida.

Nuestra vida y servicio al Señor también refleja ésta realidad. Corremos de un lado para otro, nos comprometemos en múltiples actividades, estamos en uno y otro ministerio, - a pesar muchas veces de no tener claro cuál es nuestro don - y pareciera que no avanzamos. No vemos resultados. Solo la sensación de sentirnos extenuados sin mayores frutos. Una Iglesia activista, un servicio activista. Un cristianismo cimentado en el "hacer".

Ciertas influencias nos han hecho creer que ésta forma de compromiso, a través del hacer "cosas", agrada a Dios. Nos hace sentir que hemos cumplido.

Pero Jesús, en ésta enseñanza, pone freno a ésta creencia. Señala abiertamente que este "hacer" tiene un origen y no es otro que Él mismo. Expresa categóricamente **"separados de mí no pueden ustedes hacer nada"**.

Permanecer en Él, estar en Él, nos lleva a una íntima relación con su Espíritu, y producto de ésta experiencia, que debiera ser permanente, brotan y germinan los "verdaderos" frutos, aquellos que glorifican a Dios. Jesús mismo lo dijo: **"Mi Padre es glorificado cuando ustedes dan mucho fruto y muestran así que son mis discípulos"**. (Juan 15. 8)

En consecuencia, no se trata de "hacer y hacer" para Dios; se trata mas bien de buscar una relación de vida y de fe, que me hace saber que en mí mora el Espíritu de Cristo (Romanos 8. 9) y este solo hecho me lleva a generar frutos que agradan a Dios, pues son los verdaderos.

Los frutos están referidos a una forma de vida que se refleja en cómo somos, y no en lo que hacemos. Los frutos no están en el campo de lo estadístico, como si necesitásemos de un contador que contabilice cuantas "cosas" hemos hecho, o cuantas "almas" hemos ganado.

Los frutos se refieren al testimonio de una vida en santidad, de un testimonio que glorifica a Dios. Cuando faltan éstos, aquella vida en santidad que glorifica a Dios, es señal de que la comunión con Cristo ha sido interrumpida (Jn 15. 6).